

CAPITULO XXVI

UN FILÁNTRPO INGLÉS

Grave incidente en el Congreso inglés, durísimas palabras, apasionados apóstrofes, protestas del Gobierno, reprimenda de la presidencia, suspensión de un diputado á guisa de escolar, emociones profundas en la Cámara, emociones grandes en la nación, comentarios por ende en toda la prensa de Europa, que bien pronto serán repetidos y comentados por toda la prensa del mundo. Tratábase muy sosegadamente de los negocios en curso, cuando llega su turno á meditada ley sobre los siniestros marítimos. El ministerio se levanta á pedir que sobre esta ley pase en la orden del día la relativa á los arriendos agrícolas, y el Congreso conviene en

CAPITULO XXVI

UN FILÁNTRPO INGLÉS.

Grave incidente en el Congreso inglés, durísimas palabras, apasionados apóstrofes, protestas del Gobierno, reprimenda de la presidencia, suspensión de un diputado á guisa de escolar, emociones profundas en la Cámara, emociones grandes en la nación, comentarios por ende en toda la prensa de Europa, que bien pronto serán repetidos y comentados por toda la prensa del mundo. Tratábase muy sosegadamente de los negocios en curso, cuando llega su turno á meditada ley sobre los siniestros marítimos. El ministerio se levanta á pedir que sobre esta ley pase en la orden del día la relativa á los arriendos agrícolas, y el Congreso conviene en

esta preferencia con el ministerio. Apenas acababa de publicarse tal acuerdo, cuando un diputado se levanta como herido de exhalacion eléctrica, extiende los brazos en actitud trágica sobre la Cámara para maldicirla; abandona su banco y se dirige al centro de la sala, como si buscarse ó persiguiese á un enemigo; y con altas voces y arrebatados ademanes, declara equivaler, en su concepto, aquella resolucion á público asesinato, y los diputados, sus promotores, á miserables asesinos, dignos de recibir duro castigo de la justicia humana en esta vida, y en la otra todo el peso de la divina cólera; y dejando una protesta sobre la mesa del presidente, abandona la Cámara, cual si temiese el contacto de aquellos protervos ó descubriera en los aires el fuego celeste, pronto á consumirlos. La agitacion fué extrema; los diputados heridos vociferaban; el Gobierno, anatematizado, se revolvía en su banco y protestaba; el presidente del Consejo pedía un castigo y el presidente de la Cámara condenaba la exaltada irreverencia con las penas usuales en las tradiciones inglesas. Este Congreso, cuya mayoría es esencialmente conservadora, ha presenciado

ya varios incidentes, notables por su originalidad y por su violencia. Un diputado se propuso, hace poco tiempo, eliminar ciertas antiguallas de los reglamentos, y para la consecucion de su propósito no encontró medio más seguro que demostrar, por una aplicacion rigurosa, la extravagancia de esos contrasentidos históricos. Todos nuestros Códigos fundamentales prescriben la publicidad de las sesiones parlamentarias; pero los usos británicos quieren que la demanda de un solo diputado pueda convertir las sesiones públicas en sesiones secretas. Ya pidió en años anteriores el cumplimiento de esta medida un representante escrupuloso; pero fué en último extremo y por motivos justísimos, al ver que tratándose de ciertos hospitales donde se curan enfermedades que no se pueden escribir, brillaban, al través de las celosías, ciertos tocados resplandecientes de lujo y ciertos rostros femeniles, un poco tocados de rubor y de vergüenza. Mas en una ocasion solemne, tratándose de asuntos políticos, al hablar los primeros oradores, presentes los príncipes de Inglaterra con varios extranjeros distinguidísimos, en la parte más grave de la sesion y á la hora

más crítica, se levanta un diputado, pide que la sala se despeje, y no hay remedio, se despeja la sala, se vacían las tribunas y la Cámara queda en la más profunda soledad y en el más profundo secreto. De aquí voces descompuestas, debates calurosos, quejas del Gobierno al presidente, reconvenciones del presidente al diputado y excusa de este diciéndole á la Representacion nacional que reformara sus reglamentos y no tuviera en vigor disposiciones desconocidas en todos los pueblos cultos y ocasionadas á tales conflictos. Pues yo creo al diputado inglés, causante del último escándalo, copiante exacto del proceder de su antecesor. Penetradísimo de que todos sus esfuerzos en pró de una reforma saludable se malograban por escrúpulos de conveniencia parlamentaria, ha herido la fibra inglesa con una sacudida violentísima y con una escena dramática el seno de ese Parlamento, donde se realizan con madurez, cuando se condensan con profundidad, las ideas humanitarias más arraigadas en la conciencia universal, y las reformas políticas más exigidas por la pública opinion. Es verdad que ha corrido una deshecha borrasca parlamentaria; pero también

es verdad que ha alcanzado un prodigioso éxito.

Y la causa que el exaltado representante M. Plimsoll defiende, causa es de toda justicia. La perversion humana llega á los mayores extravíos y excesos. La inmoderada aficion al lucro comete horribles crímenes. Hay armadores británicos que á fin de ganar el importe crecidísimo de los seguros marítimos ofrecidos por colosales sociedades, botan al agua y fletan con graves cargas, barcos viejos y podridos, que al menor contratiempo zozobran y sepultan en los abismos del mar tripulaciones numerosas, las cuales dejan á la orilla desamparadas familias, que bien pronto á su vez se hundentristemente en los abismos de la miseria. La libertad de contratacion, adorada por los ingleses entre otras libertades necesarias, y las grandes facultades concedidas por sus instituciones al individuo y á su responsabilidad, son causa primera de ese descuido en precaver é impedir atentados de tanta trascendencia. Se necesitan ciertamente unas entrañas tan crueles como las entrañas del negrero, ó una cabeza tan oscura como la cabeza de la foca, para esponer á pobres

marineros, agujoneados por la necesidad, en barcos podridos y casi deshechos, á una muerte cierta. Y se salvarán los infelices de los bajíos, de los escollos, de los témpanos, de las sirtes, de los vientos contrarios, de los huracanes desencadenados, del oleaje embravecido, de la tempestad, de la tormenta, de las trombas con sus espantosas espirales, de la muerte, que abre sus fauces, tanto por los abismos infinitos del cielo, como por los abismos infinitos del mar, y no podrán libertarse del tiburón que los sigue y los acecha, del implacable comerciante que los ha condenado á muerte, para llenar de oro con sus cadáveres las infames cajas donde ha sepultado de antemano el honor y la conciencia. Esto clama al cielo, y el grito lanzado por el fiscal humanitario, hiere las entrañas del género humano y las hace palpar de horror contra el crimen, y de confianza en su castigo y en su remedio. De tres mil barcos fletados en el año anterior, dos terceras partes han zozobrado y han muerto á centenares los marineros. El capitán, cómplice y encubridor, confabulado con los comerciantes y advertido del peligro, se pone en cobro y se salva fácilmente, mientras sus subordi-

nados se ahogan. Los marinos alcanzan esa grandeza de las almas aceradas en el contacto permanente con lo infinito. Conocedores de las asechanzas de los elementos, desconocen la perfidia de los hombres. Ponedlos en lucha con la nube tonante, con las ráfagas del viento desolador, con las amontonadas olas por la tormenta henchidas, y los vereis vencer como héroes ó morir como mártires del trabajo en el más gigantesco y más saludable de todos los combates, en el combate con la naturaleza; pero se estrellarán contra las humanas mezquindades, y caerán pronto en la primera trampa que pongan á sus piés el dolor y la avaricia. Véase por qué salen creyendo no encontrar más peligros que los peligros del mar, y no saben los cándidos que las tablas del buque donde se creen seguros de las olas, son las tablas de su mortaja.

M. Plimsoll ha consagrado su vida á remediar este mal. Sucede con frecuencia en la Gran Bretaña, que un hombre toma á su cargo la defensa de una idea generosa, y por los recursos que ofrecen las libertades públicas, logra vencer todos los obstáculos é impulsar su idea desde la prensa á las pú-

blicas reuniones, desde las reuniones á los comicios, desde los comicios á los Parlamentos, desde los Parlamentos á las leyes. Wilberforce, por ejemplo, atacará la esclavitud y la trata; O'Connell, la servidumbre religiosa y política de los católicos; Cobden, los privilegios económicos de los terratenientes, y la libertad les dará los diversos medios de destruir la injusticia é implantar el derecho. Plimsoll no puede dudar del éxito de sus generosos esfuerzos. La libertad es el aire que todos allí respiran, aire cargado de muchos vapores mefíticos; pero que la razón purifica diariamente con su luz y con su fuego. La tribuna está en su patria muy alta, muy segura, muy respetada, y de la tribuna caerán las ideas saludables que han de trasformarse en leyes obedecidas y sagradas. Si leéis la corta arenga que escribió como protesta al aplazamiento de una reforma indispensable para el próximo invierno, advertireis la mezcla de fe exaltada y perseverancia pacientísima que distingue á los reformadores británicos, y esa confusión de la idea de Dios con la idea de libertad, y del sentimiento religioso con el ideal político que recuerda las oraciones de los an-

tiguos puritanos, y demuestra cómo los derechos más latos se sostienen mejor que en los pueblos mecánicos, donde el Estado ocurre á todo como una Providencia; en estos pueblos individualistas, en que puede oponerse al mal, además de las leyes coercitivas, la reprobación de la conciencia humana y el fallo de un juez inapelable, que levante sobre todos los legisladores los principios de la moral eterna. ¡Cómo se fortalece la idea de una independencia completa en la sociedad y en el universo, bajo la propia responsabilidad, con esa otra idea de la dependencia de Dios, y de la subordinación libre á sus sagradas leyes!

El reformador inglés ha gritado muy alto para llegar á los oídos de un Gobierno muy conservador, y por consecuencia, poco atento al mal y á su remedio, y creído de que Inglaterra ha caminado mucho en los últimos años y necesita sosegado reposo. Yo comprendo que el Gobierno inglés descansa en todo menos en la cuestión de Oriente, la cual crece cada día en amenazas y en peligros. El partido conservador opuso al partido liberal en las últimas elecciones, como cargo incontestable, su indiferencia en los

asuntos internacionales y su alejamiento de la política europea. M. Disraeli escribió una supuesta fantástica batalla en que la indiferente política radical se atribuía hasta la posibilidad del desembarque de un ejército prusiano en el imperio británico nuevamente conquistado por las tribus del Norte. El partido conservador ha reemplazado al partido radical, y la antigua indiferencia continúa en su implacable serenidad. Esto se concibe y se explica en la escuela de Manchester, sistemática amiga de la economía política y sistemática enemiga de la guerra; pero no se concibe ni se explica en los partidos ufanos de descender de los estadistas que con las armas combatieron la revolución francesa y el imperio de Napoleón. Después de Sedan tuvo Inglaterra que ceder ante Rusia en la cuestión del Mar Negro, como después de Richmond tuvo que ceder ante América en la cuestión del *Alabama*. Ahora los mil problemas suscitados en las orillas del Danubio amenazan de muerte al imperio turco. Y las amenazas del imperio turco son también amenazas al imperio británico. No hay quien se interese en la perdurable vida de ese eterno enfermo que afea las riberas

del Bósforo; pero todos debemos interesarnos en su inmediata herencia. Si el anhelado día de un regreso de Constantinopla á la vida europea ha de coincidir con una extensión desmedida del imperio ruso y con un crecimiento del imperio austriaco, para que desequilibrada Europa se sobreponga una nueva Santa Alianza del Norte, amenazadora á la libertad y á la independencia de Occidente, vale más sostener al grande enfermo en su triste y prolongada agonía. Y todo cuanto sucede enseña que algo se trama en Oriente. El príncipe de Rumanía ha convenido en un tratado de comercio con el emperador de Austria, y no ha juzgado necesario ni oportuno pedir vènia ó sancion á Turquía. Por consiguiente, puede darse á Rumanía por una potencia ya independiente hasta de la tutela nominal impuesta por los tratados, cuando el acto que más denota independencia, las relaciones exteriores subordinadas en las confederaciones más latas al centro comun, se sostienen y se afirman á espaldas del Sultán. Inglaterra ha presentado algunas tímidas observaciones, apoyadas ligeramente por Francia; pero al ver los tres imperios del Norte resueltos á una mis-

ma política, se ha encerrado en su indiferencia, dejando que se caiga á pedazos Turquía, á pesar de que su existencia está íntimamente ligada á la existencia del imperio británico, más alejado cada día de su antigua preponderancia en los consejos de Europa. Y cuando le han exhortado en la Cámara alta á seguir una política previsora, apercibiéndose contra un mal gravísimo, ha respondido que por ahora, por este minuto de tiempo, no hay peligro. Es verdad: los diputados británicos podrán pasar en paz las próximas vacaciones. Pero ¿y más tarde?

CAPITULO XXVII.

EL REFLUJO POLÍTICO.

Situación análoga á la situación de Francia es la situación de España. Tenemos una república, pero en la cual no mandan los republicanos. Han subido al poder los conservadores y han puesto el rumbo ya hacia la Monarquía. Las leyes de la reacción se cumplen con la misma exactitud que las leyes de las revoluciones. En el flujo y reflujo constante de las ideas nosotros nos encontramos ya en la época del reflujo. El mar de las grandes aspiraciones democráticas se ha retirado quizá por nuestras faltas, quizá por nuestros errores; pero lo cierto, lo indudable es que se ha retirado. Nó, no me importan las desgracias de mis ideas. Cuanto más adversos los tiempos, más fijas mis ideas, más

seguro y más profundo mi amor á la trilogía misteriosa que ha constituido el símbolo de mi vida, mi amor á la libertad, á la democracia y á la República.

Salimos del poder los republicanos arrojados por los excesos y los errores de la demagogia. Vinieron los partidos radicales y los partidos conservadores á formar un ministerio de conciliacion. Pero el reflujo continuo se ha llevado al partido radical y ha traído los elementos conservadores. En esta nacion de pasiones violentas y de lógica implacable se llega siempre á los extremos. Hay en nuestra inteligencia los mismos contrastes de luz y sombra que hay en nuestro cielo. Nosotros no sabemos vivir en esas tintas dulces de la luz en que viven los pueblos verdaderamente libres y cultos. Nosotros, inmediatamente que planteamos un principio, queremos deducir todas sus consecuencias, hasta las más extremas. Nosotros somos un pueblo de dogmatizantes. Cada español se empeña en imprimir sus ideas particulares en su pueblo. Ahora mandan los monárquicos de la revolucion de Setiembre. No tienen rey á quien dar su trono; pero erigirán ese trono que ha costado ya

una guerra europea, y que nos ha traído la infamia de un rey extranjero. Pero como aquí vamos siempre derechamente á los extremos; como deducimos las últimas consecuencias de todos los principios; como ignoramos el arte de la conciliacion; como somos un pueblo lógico por excelencia, aunque la lógica nos mata, vendrá tras la declaracion de que vamos á la monarquía la persona que debe representarla.

En esta crisis ha habido un hombre que ha mostrado alteza de ideas é integridad de carácter. Este hombre ha sido el general Topete. Desde el punto y hora en que ha iniciado la revolucion fué fidelísimo á la revolucion. El queria de buena fé que entrara la democracia en los estrechos moldes de la Monarquía. Pero desde el punto en que estos moldes se rompieron, el general Topete sirvió de completa buena fé la República, y «quiso conservarla.» Ahora ha visto que la República peligra y se ha quedado entre los republicanos. Así en Francia, como en España, no hay más salvacion que la República. Así en Francia, como en España, los partidos antiguos se empeñan tristemente en matar la República y avivar la Monar-

quía. Pero el espíritu moderno es un espíritu muy vivaz, y el espíritu moderno verdaderamente no puede eclipsarse ni extinguirse en Europa. Sufré sus desmejoras, sufre sus retrocesos, sufre su decadencia; pero no muere, no puede morir. Ya están indisolublemente unidas la libertad y la República.

CAPITULO XXVIII.

LA APOTEOSIS DE UN GÉNI0.

Señor Rector de la Universidad de Macerata:

A debido tiempo recibí su honrosa y grata carta con las inmerecidas distinciones en ella encerradas, tan gratas á mi corazón como propias de la altísima cultura que guardais en vuestro científico instituto y difundís en la juventud italiana. Honrar la memoria de un compatriota vuestro, tan ilustre como Alberigo Gentilli, impulso es de altísimo patriotismo; asociar representantes de diversas naciones y razas á esta obra, demostracion es de que no teneis los nombres inmortales de Italia por exclusivo patrimonio nacional, sino como gloria y ornamento

de todo el género humano. Contad conmigo, pues, para llevar en la medida de mis fuerzas pobre, pero perseverante concurso á vuestro nobilísimo proyecto.

Preclaros servicios ha prestado á la ciencia y á la civilizacion el ilustre maestro á quien prestais tan ferviente culto. Preservado, merced á la paternal prevision, de las supersticiones en su tiempo extendidas y arraigadas por todas las naciones latinas; enérgico y entero contra la intolerancia católica y contra la intolerancia protestante que desgarraban á Europa; defensor de la inviolabilidad sagrada de la conciencia humana entre el estruendo de las guerras religiosas y las voraces llamas de la Inquisicion universal; profeta bajo el derecho divino de esta idea del humano derecho sobre la cual han de fundarse exclusivamente las sociedades modernas en sus futuros progresos; anhelante de sustituir á las competencias guerreras y sangrientas, propias solo de seres inferiores á la racionalidad, por las competencias fecundas del trabajo; fundador de un sistema de relaciones internacionales basado en la justicia; con la adivinacion de las ideas de nuestra edad en la mente y el propósito fir-

me de aplicarlas á la vida en la voluntad, el sabio, el maestro, el filósofo á quien que-
reis honrar, pertenece á todos los pueblos, como pertenecen todos aquellos que entran por sus virtudes, por su genio ó por su ciencia, en las regiones serenas y luminosas de la inmortalidad.

El descubrimiento de la idea del derecho es mucho mayor en gloria y mucho más ventajoso en resultados prácticos que el descubrimiento de las leyes naturales en el Universo. Mediante él, se conoció una mecánica más complicada que la mecánica celeste, se conoció la mecánica social. Desde aquel punto el eterno esclavo se convirtió en ciudadano, á virtud del título por excelencia noble, á virtud del título de hombre. La libertad y la igualdad fueron los dos factores, los dos términos necesarios de la justicia. No pudieron ya las castas encerrar en las sombras de sus tradiciones ó de sus símbolos principios esenciales á la vida humana. Esta idea del derecho, que las gerarquías privilegiadas se arrogaron para fundar su poder; que las teocracias pusieron á la apoteosis cuasi divina de los reyes como en los tiempos del romano imperio; esta idea, oculta en tantos

símbolos y pervertida por tantos errores, encontró sus bases fundamentales, eternas, en la esencia misma del hombre. Así como pasaron muchos siglos antes de buscar el conocimiento de la naturaleza en la experiencia y el conocimiento del espíritu en la razón y el conocimiento de la moral en la conciencia, pasaron muchos siglos de supersticiones y errores antes de fundar el derecho en el hombre y de exigir que la sociedad fuera la encarnación de todo nuestro ser. Pero en el momento en que se encontró este principio, no fué posible la opresión de los débiles por los fuertes, ni el eclipse de la libertad y de la igualdad en el mundo. La semilla que vuestro insigne maestro depositó en la conciencia humana ha germinado y ha producido aquellas instituciones, causa del humano derecho. Yo me glorio de haber en mi vida pública pertenecido á la gloriosa Asamblea que rompió para siempre la intolerancia católica de mi patria y proclamó el derecho en cada hombre de expresar su pensamiento según el dictado de su razón y de profesar la religión de su conciencia. En aquella memorable congregación de legisladores, nombrados en medio del orden más completo y

de la libertad más amplia por el sufragio universal, consagramos con los derechos fundamentales humanos el mayor y más sublime, la libertad del pensamiento, y con ella la libertad religiosa. Así aquella Asamblea se levantará siempre en la memoria del género humano y en la gratitud de los pueblos como una de esas estrellas cuya luz alcanza á todos los horizontes.

Y á pesar de las dificultades que hoy nos rodean, su obra durará y prevalecerá. Imagináos con qué profundo reconocimiento aceptaré la ocasión que me deparais de honrar á uno de los más ilustres y más grandes entre los defensores de la libertad religiosa en el mundo. Contad, pues, conmigo para secundar vuestros esfuerzos y ponen mi humilde nombre entre tantos y tan ilustres de todas las naciones como cooperan á la realización de vuestro pensamiento.